

ACCIÓN SOCIAL AGRARIA

El agricultor y el obrero

en el sindicato agrícola

ALGUNAS INSTRUCCIONES
PARA UTILIZAR SUS VENTAJAS

POR

ANTONIO MONEDERO MARTÍN

Agricultor en Duenas (Palencia)

.....

VALLADOLID.

Tipo - litografía de L. Miñón
Acera, 12 y Perú, 17, d.º

1913

+ 1273551

DB
COM

ACCIÓN SOCIAL AGRARIA

El agricultor y el obrero

en el sindicato agrícola

ALGUNAS INSTRUCCIONES
PARA UTILIZAR SUS VENTAJAS

POR

ANTONIO MONEDERO MARTÍN

Agricultor en Dueñas (Palencia)

VALLADOLID

Tipo - litografía de L. Miñón

Acera, 12 y Perú, 17, d.º

1913

AGENCIA SOCIAL AGRARIA

El agricultor y el obrero

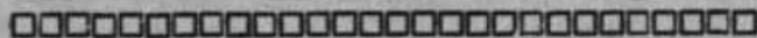
en el sindicato agrario

TRABAJO Y SALARIO

EN EL AGRICULTO

AGENCIA SOCIAL AGRARIA

+ 165073



A MIS HERMANOS

LOS AGRICULTORES CATÓLICOS

Hubo un tiempo en que, corazones esforzados llenos de amor á su religión, sobre cuya augusta corona había puesto el pie la raza agarena, pelearon sin tregua durante siete siglos, hasta sacudir su yugo por completo, sembrando de enhiestas catedrales el terreno reconquistado: aquellos grandes cristianos son nuestros antepasados

Hubo un tiempo en que las naves españolas surcaron múltiples los anchurosos mares, llevando por doquier nuestra civilización y nuestra cultura: aquellos grandes navegantes son nuestros antepasados.

Hubo un tiempo en que nuestros productos y las creaciones de nuestras in-

dustrias, arribaban á todas las costas conocidas y eran disputados por todo el mundo: aquellos grandes comerciantes son nuestros antepasados.

Hubo un tiempo más cercano en que al'hollar el coloso del mundo el suelo santo de nuestra patria, se levantaron contra él hasta las más humildes mujeres: aquellos grandes patriotas son nuestros antepasados.

En cambio, en el siglo XX, aires apesados venidos de fuera, amortiguan la luz de nuestra fé amenazando apagarla.

En nuestros puertos se apolillan y carcomen barcos con nombres gloriosos y cañones anticuados.

En nuestras casas, desde el plato en que comemos á la cama en que dormimos, vemos marcados nombres de procedencias que no entendemos

Y en el suelo patrio, si ningún coloso tiene puesto su pie de hierro, multitud de logreros extranjeros van acaparando nuestros ferrocarriles, nuestras minas, nuestra savia.....

Y un político inglés nos arrojó á la cara el dicterio de *¡nación moribunda!*

Agricultores, no, moribundos no, los descendientes de tantos héroes no pue-

den morir jamás; dormidos si se quiere sí, y del sueño en que nos sumió el abandono y el engaño podreis despertar, ¿cuándo? ahora, cuando suena el clarín de la lucha y se os ofrecen los medios y energías que los gobiernos nos quitaran para poder combatir de nuevo, y esta vez, por nuestro Dios, por nuestra patria, por nuestra gloria y por nuestro hogar.

Y sabremos volver á la lucha para reconquistar la fé perdida, las colonias robadas, los mercados usurpados, la patria vendida.

Hace falta desperezar la voluntad, unirse como hermanos, y regenerarse moral y materialmente con los *sindicatos agrícolas católicos*.

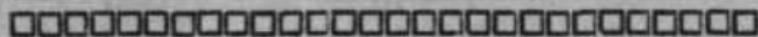
Para enseñaros y facilitaros el hacerlo, os he escrito este librito, dispensad sus faltas en aras del amor con que os le dedico.

EL AUTOR.

... el mundo en este momento se encuentra
y el mundo en este momento se encuentra
... el mundo en este momento se encuentra

... el mundo en este momento se encuentra
... el mundo en este momento se encuentra
... el mundo en este momento se encuentra
... el mundo en este momento se encuentra
... el mundo en este momento se encuentra
... el mundo en este momento se encuentra
... el mundo en este momento se encuentra
... el mundo en este momento se encuentra
... el mundo en este momento se encuentra
... el mundo en este momento se encuentra
... el mundo en este momento se encuentra

... el mundo en este momento se encuentra



Estado de la clase agrícola

Es un hecho evidente, que la agricultura ha dado un paso de gigante en el pasado siglo, saltando en pocos años del antiguo cultivo rutinario, al moderno racional y científico.

Es un hecho también, que prácticamente va siguiendo los pasos de los directores del movimiento, más ó menos rápidamente, la masa agrícola de todos los países.

Es un hecho, por último, que nuestro país apenas empieza á moverse por ese camino, marchando á la zaga de casi todos ellos.

No nos detendremos en este folleto de vulgarización, á estudiar las causas origen de este atraso, partiremos únicamente del estado actual, al cual debemos acomodarnos y del cual con nuestras escasas fuerzas trataremos de ayudar á salir al labrador.

Haremos notar en un principio, un contraste notable, la diferencia que hay entre la facilidad con que han entrado en

la masa de la clase campesina los adelantos de la civilización, en lo que se refiere á las necesidades, y la dificultad ó la nulidad en que han entrado los adelantos referentes al cultivo

El labrador que sigue utilizando los útiles y método de cultivo que utilizaron sus ante asados, tal y como ellos los utilizaron, que como ellos sigue con el arado romano, el carro de yugo, arando mucho, abonando poco, trillando en la era, viaja, sin embargo, en ferrocarril, no viste ya la burda ropa de antes, ni la pesada montera, duerme en catres modernos, come manjares que, aunque modestos, sus padres y abuelos casi desconocieron, y se alumbra, cuando puede, con luz eléctrica.

El contraste es grande, pero es un hecho ¿en qué consiste?

No somos psicólogos, por eso sólo nos atrevemos á exponer tímidamente, que tal vez en una debilidad ó decadencia de nuestro país, debida al actual individualismo que se deja ir falto de consejo y ayuda hacia lo que evita esfuerzo y produce comodidad ó placer, en vez de marchar virilmente hacia lo que robustece y eleva.

¿Qué consecuencias trae esto? Varias, y entre ellas citaremos algunas de varias clases.

Económicas. La vida con esas comodidades, aunque sean en grado mínimo, es más cara, sin contar los aumentos debidos en las contribuciones y otras cargas,

y como la producción no aumenta por no haber variado los aparatos y métodos de cultivo, se ha establecido un desequilibrio, desequilibrio que vinieron á nivelar, primero el ahorro, cuya virtud se detuvo, luego la destrucción de la riqueza forestal, después la disminución y descuido de la ganadería, y por último, el crédito, el préstamo criminal del voraz usurero.

El obrero sufre el contragolpe de todo esto, se escatiman jornales ó se suprimen, además, no se crean nuevas fuentes de riqueza, ni aun apenas se reparan las que desaparecen, y aunque los pocos salarios que le dan son algo más elevados, como todo lo que se ha de comprar con ellos cuesta más caro, prácticamente no halla ninguna ventaja.

Morales. El agricultor, al conocer la estrechez, empieza á conocer preocupaciones que sus antepasados no conocieron; al hallarse solo, rota la fraternidad de los antiguos gremios, perdió el contacto directo del pastor de Cristo, y la ayuda de sus semejantes.

Lo primero, le va llevando poco á poco, por la debilidad del cuerpo á causa de las privaciones, á toda clase de enfermedades y degeneraciones físicas. ¿Dónde están ya aquellos labradores robustos, aquellos mocetones fornidos y aquellos niños hermosos que aun nosotros hemos conocido? ¡Qué pocos van quedando! Las estadísticas militares, médicas, etcétera, son triste expresión de la realidad.

Lo segundo, le lleva á la decadencia moral. ¿Dónde está aquella fé robusta de nuestros mayores, aquellos hombres que nunca pronunciaban el nombre de Dios ni aun el del rey, sin santiguarse ó levantarse la gorra, aquellos mozos que danzaban en las procesiones, aquellos niñitos que cantaban y ofrecían flores en los templos? ¡Qué pocos van quedando!

Y el obrero está peor todavía, si el labrador pasa privaciones, él pasa hambre, con todas sus consecuencias, y si el labrador se vé solo, él se vé despreciado, cuando no explotado.

Así nos encontramos á ambos hoy día, en la situación siguiente.

Por un lado, con una clase agrícola, en general, económicamente comprometida por no haber sabido aumentar sus ingresos, en proporción de sus gastos, y retrocediendo paulatinamente de la pequeña propiedad á la colonia, y de esta al proletariado, y emigrando millares de familias de las tres clases, á las capitales ó á otras naciones.

Sobre esta clase, la de la más ó menos grande propiedad, estableciéndose en las ciudades, parte porque por ignorancia (hay mucho vulgo de levita) no saben hacer producir bien á sus fincas, y parte por hábitos de lujo y holgazanería, (debía darse una ley sobre la vagancia de los ricos), y dejando la propiedad en manos de colonos, con rentas cada día más caras que les acaban de arruinar y perder.

Por otro lado, con una clase proletaria que aumenta cada día con los náufragos de la anterior, y cuyos salarios escasean, clase que emigra cuando puede á otros países, y cuando no á las minas y centros fabriles, llena de hambre, de miseria, dejando sembrada la honrada familia, parte en el pueblo, y parte, lejos del calor del hogar, en los pequeños huecos que puede encontrar para los hijos mayores.

Moralmente, la situación de ambas clases se descompone más rápidamente, los fundamentos de la familia cristiana se relajan primero y desaparecen después, la fé cristiana se pierde poco á poco, dejando en el corazón un vacío que llenan pronto los malos sentimientos y las malas inclinaciones. «Se vive— dice el P. Vicent— como si Dios no existiera. Se es ateo, sino teórico, práctico, y así son ateos la inmensa mayoría de los españoles, porque viven en la más glacial indiferencia religiosa.»

Esta es la situación á grandes rasgos, situación que se atenúa de ordinario hacia las regiones más montañosas, en que la propiedad está más repartida, y el espíritu de unión y la fé cristiana más vivos, y se agrava hacia los pueblos grandes, donde la diferente distribución de la propiedad por un lado, y la mala prensa, los espectáculos y otras concausas por otro, crean una atmósfera más favorable á la agravación del mal, el cual llega á su límite extremo en las

ciudades en que el obrero, presa en las redes del socialismo, se envenena, corrompe y desespera, dada la triste situación actual que acabamos de exponer.

¿Hay alguna esperanza de poder salir de ella?

Sí, pues; para volver á hallar el equilibrio económico, basta con poner al agricultor en condiciones de producir más para que pueda subvenir á todas sus necesidades, y para hallar la paz moral, basta tener confianza en estas palabras del Papa León XIII:

«Si remedio ha de tener el mal que ahora padece la sociedad humana, este remedio no puede ser otro que la restauración de la vida é instituciones cristianas. Cuando las sociedades se desmoronan, exige la rectitud, que si se quieren restaurar vuelvan á los principios que las dieron el ser.»

¿Hay medios de poder llevar esto á la práctica?

Sí, hay un medio que abarca la situación en su doble aspecto, ese medio es la asociación que para la clase agrícola ha de ser el sindicato agrícola católico.

Necesidad del sindicato

Cuando al terminar la Edad Media las diferentes clases sociales estaban agrupadas en gremios y otros organismos similares, bajo la dirección y vigilancia de la Iglesia, que conservaba el espíritu cristiano, todos los derechos estaban garantidos, todas las necesidades satisfechas.

La clase agrícola, como todas las clases, vivía y prosperaba tranquila, pagando á los antiguos señores menos gabelas que hoy paga al Estado, y recibiendo en cambio una protección más eficaz que la que ahora recibe

La revolución destruyó los gremios, las nuevas y halagadoras ideas de libertades de todas clases, corrieron como reguero de pólvora halagando los oídos de los burgueses, las unas, de los proletarios, casi todas; el gozo que causaron y las esperanzas que hicieron nacer duraron algún tiempo, pero al fin empezaron á pasar, y lo hicieron cuando con la nueva vida empezó la lucha hasta entonces desconocida del nuevo capitalismo, que libre y poderoso, como señor feudal de los tiempos modernos, pero sin el freno de la religión, hubo de sacar la esencia

de sus fuerzas, lo más granado de su lucro de la explotación del proletario que, con tantas libertades, se halló solo, sin amparo y abandonado, echando sobre él un yugo que, como dice el Papa de los obreros, «difiere poco del de los antiguos esclavos».

La reacción vino, como viene siempre que se traspasan los límites de la justicia, y vino feroz, vengadora; el proletario se unió, pero se unió por el odio, se unió para defenderse y para atacar, que falto de fé, desorientado con los principios aprendidos, no podía unirse por el amor para prosperar, y así nació la sindicación socialista, base de la moderna evolución hacia la lucha de clases.

La clase agrícola, sufrió con menos fuerza y más tarde que las otras, todos los efectos de la revolución, pero los sufrió, y como los demás el agricultor se vió solo y desunido y se hizo individualista, con la particularidad que este nuevo estado arraigó en él con más fuerza que arraigó en los demás, de ahí la dificultad de unirle bien en los sindicatos.

Juguete de los más fuertes, oprimido por el Estado, expoliado por los usureros, engañado por los políticos, se da cuenta ya que solo como hasta aquí, su porvenir será irse hundiendo cada vez más, de ahí el que comprenda la necesidad de reunirse con sus compañeros, rehaciendo en el moderno sindicato la antigua unión de que nunca debió salir, para ayudarse

mutuamente y con el esfuerzo de todos juntos poder levantarse á la altura en que estaba.

Qué es el sindicato

El sindicato es una cosa bien sencilla. Vermeersch le define como cooperación. «Unión de los que poco pueden para constituir con la impotencia de cada uno la potencia de todos».

Es, pues, el medio de hacer muchos juntos lo que uno solo no puede hacer, defenderse, ayudarse, progresar.

Es, además, el sindicato, escuela de agricultura donde la clase agrícola estudia y perfecciona su profesión, escuela de costumbres donde aprende á conducirse con sus semejantes, y escuela de caridad donde se acostumbra á sacrificarse, es, en fin, el medio más completo, más perfecto y más útil de que el agricultor y el obrero agrícola pueden valerse para conseguir elevarse sobre el triste estado en que se encuentran, consiguiendo á la par que su mejoramiento material, su mejoramiento moral, es decir, la mayor suma de probabilidades de ser feliz en este mundo y en el otro.

Necesidad de que el sindicato sea católico

Ya hemos visto como á la ruina económica de la clase agrícola, ha ido aparejada su ruina moral, y es porque toda cuestión social sea económica, sea de cualquier otro aspecto, es siempre una cuestión moral, porque todas las cuestiones influyen en el bienestar del individuo, de ahí su relación con la religión.

El agricultor, al separarse de sus antiguos compañeros de corporación, y del sacerdote que en ella velaba por su felicidad, perdió su bienestar material y su felicidad moral, al unirse de nuevo á ellos para recuperar el primero, ¿por qué no ha de unirse al representante de Cristo para garantizar la segunda?

Se trata en el sindicato de buscar el bienestar, este no puede hallarse sinó en la paz, el primer fundamento de la paz es el amor al prójimo, en el sindicato agrícola entran y deben entrar ricos y pobres, para que ambos puedan vivir, y los primeros no traten de explotar á los segundos, ni éstos de marcharse á los sindicatos socialistas; de nuevo recurri-

mos á las sabias palabras del anterior Papa en *De Christo Redemptore* que aconseja que se vuelva á vivir y dejar obrar al espíritu cristiano. «Y entonces será fácil apaciguar el conflicto entre las clases inferiores y las clases superiores, y delimitar con igual respeto los derechos de ambas partes. Si escuchan á Cristo, ricos y pobres se considerarán iguales en el deber. Los unos comprenderán que deben observar la justicia y la caridad si desean salvarse, y los otros guardar moderación y respeto.» Por eso el sindicato debe ser católico, además también debe serlo porque la Iglesia manda claramente que en todas nuestras obras, «despleguemos valerosamente la bandera católica,» y porque siendo su base y savia de vida la caridad cristiana, sólo en la religión se encuentra su manantial inagotable.

Utilización de las distintas secciones

Como este folletito no ha de tener mucha extensión, para que pueda adquirirse fácilmente, y como en él sólo se trata de dar algunas instrucciones para facilitar y aclarar al agricultor y al obrero en sus primeros pasos, al ocuparnos

de las distintas secciones sólo lo haremos de las más corrientes y útiles en nuestro país, en estos momentos y en cada una de las formas ó medios más usuales y factibles.

No nos ocuparemos tampoco de la definición, descripción, organización y funcionamiento de las secciones de que tratamos, por las mismas razones.

Y, por último, como se trata de un folleto de vulgarización para una clase sencilla, emplearemos un lenguaje sencillo acompañado de ejemplos.

La caja rural de préstamos y ahorros

De las cajas rurales esperaba Roiffelsen, su fundador, que «despertaran las dormidas energías del campesino, ayudándole para que él se ayude.»

Modernamente, haciendo justicia á su modo de funcionar, se les ha designado con el hermoso nombre de *Maternidad impersonal*.

Veamos como pueden utilizarse sus ventajas.

Los préstamos. — Los primeros que suelen acudir á ella son los labrado-

res que se hallan entre las garras de la usura, ó que para hacer su recolección necesitarían ponerse en ellas.

La caja rural es para todos estos desgraciados una verdadera áncora de salvación, el madero flotante á que se abraza el náufrago que sólo pensaba ya en la muerte más ó menos próxima.

Estos pobres labradores suelen acudir tímidamente al Consiliario, dudando aún si tanta felicidad será posible.

—Señor Cura..... me darían á mí dinero de la *caja rural*?

—¿Por qué no, hijo mío? Para vosotros se ha fundado.

—¿Y qué tengo que hacer? Dicen que hay que hacer muchas cosas.

—Casi ninguna, yo te haré una solicitud que me firmarás, y te la presentaré á la junta.

—Es que ... es que ... no quisiera que se supiera para qué quiero yo el dinero.

—Si lo sabemos todos, hombre! Para pagar lo que debes á fulano el usurero que te está hundiendo. ¿No es eso?

—Sí, señor, señor Cura, yo creía que no era tan público!

—Debías de saber que en los pueblos todo se sabe, como se sabe que tiene ya echado el ojo á tu mejor finca, y pronto se sabría que se la habías dado casi de balde para pagarle; en cambio con la caja pronto se sabrá que le has pagado, que conservas tu finca, y que con el desahogo que te dé, pronto habrás cumplido con ella, y estarás no sólo libre sinó en con-

diciones de poder comprar en vez de vender; anda, marcha, eres honrado y pronto encontrarás un fiador, veniros á casa á firmar la solicitud, y en seguida la presentaré á la junta.

Así se hace. La junta estudia su caso y casi siempre es favorable su concesión hasta después de la recolección.

Entonces, aún se le ofrece otra nueva ventaja al labrador.

Si el precio de los granos que tiene que vender para pagar á la caja rural es bajo, como siempre suele ser en esa época, el agricultor pide una prórroga entregando como fianza el grano necesario calculado en el 75 % de su valor.

La junta accede, y el grano se deposita hasta que al deudor le parece que ya ha alcanzado un precio que le conviene aprovechar, entonces lo vende, paga á la caja y se beneficia de la diferencia.

La ventaja de esta combinación es enorme. En el año 1911, una pobre viuda en Dueñas fué la primera que la utilizó depositando cebada que los compradores pagaban entonces á 15 reales fanega, unos meses después la vendió á 24 reales, ¡ganando nueve reales en fanega!

Este año la diferencia que han obtenido en los granos, ha sido de 8 á 10 y 11 reales en fanega.

Esto es hermoso, hemos visto con estas cosas correr gruesas lágrimas por bronceadas mejillas!

Otro caso corriente es el del labrador que, algo menos atrasado, tiene, sin embargo, que acudir al usurero para hacer la recolección.

Los usureros le suelen dar el dinero en Junio ó Julio, ó pagar en fin de Agosto *al precio de entonces, con cuatro ó cinco reales de baja en fanega y pesado en su báscula*, total más de un 100 por 100 de interés, todo ello bien oculto en un contrato en que aparece el préstamo *sin interés*.

Al pagar tienen que entregar en esas condiciones una buena parte de lo que cogen, otra buena parte va á manos de algún comerciante que les dió alimentos al fiado en cuyos *pesos, clases y precios* le saca otro 100 por 100 de lo que le dió; cuando es colono otra buena parte va al dueño de las fincas cuyas rentas son cada día más caras, de manera que al pobre labrador apenas le queda, después de la recolección, de qué no morir de hambre hasta la siguiente. ¡Pobre labrador!

La *caja rural* también salva á este labrador y le permite levantarse pronto, por su módico interés le permite economizar los intereses usurarios que pagaba y desahogarse para vivir mejor y hacer producir mejor los terrenos en renta.

Estos son los casos más frecuentes en los principios de las cajas rurales, casos que van disminuyendo rápidamente para dar lugar á los que á continuación ponemos y que más se amoldan al

verdadero carácter y fin de las cajas rurales.

—Señor Presidente, aquí le traigo una solicitud para la caja rural!

Este labrador ya se acerca á la caja rural confiado y hasta orgulloso.

Ya la caja lleva unos años de vida, todos la conocen y todos saben que los que ella ayuda son siempre gentes honradas, que el título de socio de la *caja rural* es un título de honradez.

—¿Viene en regla?

—Perfectamente; mire V. la cantidad, el tiempo, el fiador, el empleo, voy á plantar una viña, todos los cálculos les pongo bien claros, ya les verán ustedes.

La junta se reúne, estudian el estudio del solicitante para plantar la viña, le señalan algunas modificaciones, si lo necesita, y le dan el dinero.

Aquel socio puede plantar su viña tranquilo, sabe que sus cálculos han sido estudiados con cuidado por todos los señores de la junta y todos están conformes en que va á colocar bien aquel dinero y por lo tanto aumentar su capital y sus rentas

Casi siempre estos cálculos están bien hechos y son muy honrosos para el labrador que los hace.

Alguna vez, sin embargo, se rechazan.

—¿Vieron ustedes mi solicitud para la compra de la tierra lindante á la mía?

—Hombre, sí, anoche, y se acordó decirte lo siguiente:

Que en vez de darte dinero para comprar esa tierra te aconsejamos que vendas ó abandones la tuya, porque ni una ni otra pueden proporcionarte más que pérdidas de malas que son. Además que en vez de pensar en comprar nuevas tierras y malas debes ocuparte en mejorar el cultivo de las buenas que tienes que las tienes muy abandonadas, para eso te se dará dinero porque ganarás mucho, para lo otro no te se dá porque te perjudicamos.

Hermosa maternidad impersonal de la caja rural!

Otro caso corriente

—Pues, señor,—se dice un labrador—¿qué hago yo este año con tanta patata que ni á 50 céntimos la arroba puedo colocar?

—Engorda animales.

—Tienes razón, pero con los que puedo comprar con el poco dinero que tengo de sobra no consumo tanta patata en un año.

—Pide lo que te falte á la *caja rural*.

—No se me había ocurrido, allá voy.

Nuestro hombre hace una solicitud con un estudio bien pensado, y la presenta á la junta.

En ella dice tengo tantas arrobas de patatas, con eso y con tantas fanegas de

centeno y legumbres que tendría que comprar para completar la ración, podría engordar en tres meses tantos cerdos y tantos bueyes; el valor de lo que tengo al precio de mercado y del pienso y ganado que tengo que comprar se eleva á tanto y cuando venda el ganado gordo podrá valerme tanto, me quedará, pues, una utilidad de tanto y además no se me echarán á perder las patatas

La junta estudia con todo cuidado los cálculos del labrador, y suele acabar por decirle:

—Está bien, espera unos días que esté ultimada la sección de seguros del ganado, que estamos organizando, para que ni tú ni la caja se expongan á un imprevisto, y cuenta con el dinero necesario; entre tanto limpia bien la cuadra, haz una ventana mayor para que no falte ventilación y aire, y compra una bruza y un cepillo para que limpies todos los días á los animales.

Otro solicita fondos para comprar la casa en que vive, ó la tierra que labra; otro para hacer una noria, otro para plantar árboles frutales, otro para una máquina ó un animal de trabajo, otro para hacer una testamentaría, á todos en todas sus necesidades les atiende la caja, ayudándoles siempre con el dinero al par que con el consejo, llenando así un do-

ble fin económico y moral en un grado difícil de superar.

Y los obreros ¿pueden sacar provecho de la caja rural?

—Mecachis,—decía un obrero,—si yo tuviera veinticinco miserables duros para comprar la tierrecilla que vende el tío Casimiro junto al arroyo, no envidiaba ni al rey de España, ¡menudas patatas que iba yo á hacerla producir!

—Porque no quieres, no eres socio del sindicato?

—Sí.

—Pues pídelo á la *caja rural*.

—Y con qué voy yo á responder?

—Con tu honradez y tus brazos, y la honradez y los brazos de un compañero y con la cosecha pendiente.

Dicho y hecho, allá se fué mi obrero con todo un memorial con las letras tan grandes como su gorra y los borrones como ruedas de carro en que, después de desear salud á *la junta y toda su familia*, exponía intrincadamente su asunto conforme le habían indicado.

El obrero era trabajador y honrado, la mujer económica, la junta estudió el asunto y le dió el dinero que solicitaba para la compra y semilla; aquel año tal maña se dió en trabajar y cuidar el pequeño patatar, que pagó á la caja y aún le sobraron patatas para el gasto de su casa.

Pocos años después pudo comprar una tierrecilla mayor inmediata, y sigue prosperando.

Otra vez el obrero pide para plantar una viñita en el invierno; la junta le instruye en lo que no sabe y le encarga la planta americana.

Hasta que la viña puede dar uvas planta entre las líneas de cepas alguna legumbre que le ayuda á pagar á la caja, en forma, que algunos, cuando la viña empieza á darles vino, ya la tienen pagada ó casi pagada del todo; otros compran gallinas, conejos, un cerdito, una cabra, una ternerita de buena raza al destete que van criando por las linderas y los perdidos y algo de pienso, hasta que se hace vaca y la venden bien ó explotan la leche.

Hay quien en días perdidos va haciendo adobes para hacerse una casita, y con los fondos de la caja compra la madera y lo demás que él no puede hacer para ultimarla.

Otras veces toma en renta algún terreno y con la caja rural le cultiva.

Se vé, pues, que el obrero ingenioso puede sacar grandes ventajas de la caja rural, y que si es trabajador y económico puede servirle de base para elevarse rápidamente.

Los ahorros.—«Una de las diferencias fundamentales entre la vida salvaje y la civilizada, —dice el millonario Carnegie (1)—es la ausencia del ahorro en la una y su presencia en la otra.»

Moralmente el ahorro cuando no degenera en avaricia, es una garantía de felicidad y buenas costumbres; el ahorrador frecuenta poco ó nada los cafés y tabernas, se retrae de vicios y placeres y vive apacible y tranquilo confiando en el porvenir.

Económicamente es rico porque se ajusta á la primera de las reglas para hacer fortuna: «Que los gastos sean menores que los ingresos» y sabe que cada día que venga ha de traer un aumento progresivo de su capital.

El pueblo español, por las causas ya dichas, ha perdido casi por completo el hábito del ahorro, de ahí su debilidad actual para sufrir los contratiempos que le ocurren, ahorra muy poco y los pocos que lo hacen lo hacen de la manera más primitiva con el socorrido sistema de la calceta oculta en el agujero de la pared ó debajo de la baldosa.

Sin embargo, hemos conocido formas más ingeniosas, entre otras las hermosas costumbres de plantar una arboleda el día que nace un hijo, cuyos árboles se vendían el año que salía soldado, si le tocaba, para redimirle, y si era

(1) L' empire des affaires.

hija para los gastos de la boda y de la nueva casa.

Otras veces era una viña, con cuyos productos se pagaban los estudios del hijo ó se hacía una hucha á la hija; otras veces era un rebaño de ovejas que el hijo ó la hija aprendían á administrar desde pequeñitos; esto unido á otras prácticas patriarcales de familia, era de lo más moralizador y práctico, hoy casi todo ha desaparecido, y lo que es peor, ya no podrá volver á restaurarse!

Pero lo que podrá restaurarse y hasta ahora nos está dando magníficos resultados en nuestra provincia de Palencia, es el ahorro en la forma moderna, el ahorro en la *caja rural*, que es su forma más perfecta, puesto que á la vez que beneficia al imponente sirve para remediar las necesidades de los desgraciados.

Y que todo el pueblo entra de lleno en ello, que todo el mundo se da cuenta de la necesidad de ahorrar, de lo que el ahorro encierra de fuerza moral y económica es un hecho ya palpable, el campesino sólo necesitaba facilidades que ayudaran su voluntad, y esas se las han dado las *cajas rurales* de ahorros y préstamos.

Pondremos algunos ejemplos que sirvan de guía y estímulo.

Un domingo llega á la *caja rural* una pobre obrera con cinco chicos, descalzos unos y medio descalzos otros.

—Deme V. cinco cartillas y apúnteme cinco céntimos en cada una.

El tesorero mira con curiosidad á la obrera.

—Es para comprarles zapatos — dice ella comprendiendo la mirada, — el año pasado el ajuste del verano de mi marido no dió de sí después de pagar otros gastos más urgentes, más que para unas zapatillas baratas que les duraron muy poco, y los pobrecillos han pasado mucho frío este invierno, ahora voy á quitar un real ó dos todas las semanas del ajuste de mi marido, y desde que aumenten los jornales en la primavera una peseta y sin sentir juntaré para zapatos y algo de ropilla para el otoño.

El tesorero la dió las cartillas y firmó sin decir nada 10 céntimos en cada una.

Amaos los unos á los otros.

Otro día se planta un obrero delante de la mesa del tesorero, y rascándose bien el bolsillo, va sacando entre resto de tabaco un puñadillo de perras que coloca en el centro de la mesa.

—Cuenta V. lo que hay ahí.

—Diez y nueve perras pequeñas.

—Cójalas y firmeme el *documento*.

El tesorero le hace una cartilla en toda regla.

—¿Qué vas á comprar con estos ahorros?

—Salud y una burra.

El tesorero y los circunstantes le miran y se ríen.

El obrero no se ríe y muy serio explica su idea, grande entre las grandes.

—Miren ustedes, yo soy más bruto de lo que parezco, me ha gustado siempre empinar un poco el codo y fumar como una chimenea, por lo cual no he podido nunca tener un puñado de duros para comprar un burro y tengo que irme al campo á pie, haciendo de burro yo mismo y tosiendo por añadidura con las garrasperas que me dan el tabaco y el vino.

»Cuando me enteré de lo que era la cuestión del ahorro, me dije, digo: «Pedro, no eres hombre si no ahorras para no ser burro,» y desde aquel día he ido arañando al aguardentero y al estanquero cuándo una perrilla, cuándo dos y las he ido echando en el bolsillo más hondo, en el que nunca he metido la mano, y ahora que ya junto casi una peseta las traigo aquí para ir las aumentando todas las semanas. Como cada semana bebo menos y fumo menos, se me va marchando la garraspera y me va viniendo la burra que me dará cada año un borriquillo, el cual borriquillo

—No des más explicaciones, Pedro, eres un hombre de verdad.

Y todos estrecharon la mano de aquel gran corazón de obrero.

Otras veces ahorran para ropa, para comprar alguna tierrecilla, para la renta de la casa y para atender infinidad de necesidades que no pueden satisfacer en una vez y con un solo esfuerzo.

Un día llega una joven y un joven ante el tesorero, y entre decidida y vergonzosa, le dice ella:

—Denos V. una cartilla.

—¿A cada uno?

—No..... á los dos juntos.

—No hay precedentes—dice el tesorero con malicia—pero como me huelo de lo que se trata, os daré gusto.

—Yo pongo estos tres duros—dice ella.

—Y yo estos cuatro.

—Total, treinta y cinco pesetas—dice el tesorero—¿me convidareis á la boda?

—Tiene que llover y escampar muchas veces, hace tres meses que venimos economizando, éste copas y tabaco para él y almendras y piñones para mí, y yo faldas bonitas y pañuelos de seda, y como somos pobres, de quí á que juntemos lo que nos hace falta.... sin embargo, cuén-

tese por convidado y hasta por padrino si quiere honrarnos aceptando.

—Con mucho gusto y que Dios os bendiga.

—Señor cura, eh, señor cura!

Una propietaria del pueblo llamaba así, con mucho sigilo, al consiliario de la *caja rural* que cruza la iglesia.

—Qué quiere, señora Petronila?

—Quiero decirle una cosa en secreto.

—Vamos al confesonario.

—No es para tanto, basta con que nadie nos oiga, diga V., señor cura, ¿es seguro eso de la *caja rural*?

—Los cuartejos, eh, los cuartejos, cuidado con ellos!

—Nadie lo sabe más que V.

—Y todo el pueblo, aunque V. dice siempre que no tiene un céntimo, todos saben que tiene V. muchos, sinó no lo diría V. tanto, no se encerraría V. tanto en casa, ni tendría luz hasta tan tarde, ni iría al volver á casa siempre tan derecha al mismo sitio, ni se inquietaría tanto cuando hablan de ladrones, ni haría otras muchas cosas que denuncian que tiene V. muchas peluconas; ande, ande, llévelo á la *caja rural* y se quitará V. de encima el miedo de vigilarlo y el peligro de que se lo roben y tal vez de que la maten.

Y la buena señora fué desde entonces la vecina más amable y descuidada del pueblo.

Otras veces el labrador lleva á la caja el importe de una venta de granos y va sacándolo poco á poco por semanas ó por meses para el gasto de su casa, otras va juntando para la compra de una finca, la dote de una hija, la redención ó la carrera de un hijo, un seguro en la vejez, etc., etc.

Jóvenes hay que llevan todas las semanas su imposición para la futura dote, y no falta á veces algún pollo goloso que trata de enterarse del estado de las cartillas de ciertas *imponentas* para echar sus cálculos.

Que también el demonio suele asomar á veces el hocico por las cajas de ahorros.....

Pero el ángel del amor y de la caridad es el que cubre siempre con sus alas blancas las *cajas rurales*, en ellas se ven á menudo ejemplos como este.

En el pueblo minero de Barruelo, en la provincia de Palencia, una persona generosa abrió con cinco pesetas en el mes de Octubre de 1912, una libreta

en la *Caja Rural Católica*, fundada por nosotros, á nombre de un niño al que á consecuencia de haberle arrollado una vagoneta hubo que amputarle un brazo.

En el mes de Diciembre, la libreta del niño del pueblo minero tenía ya 750 pesetas!

También la gente del pueblo tiene su corazoncito.

Cuando se ven estos nobles sentimientos de los obreros, faltan palabras para execrar á los que, para hacerlos juguetes de sus ambiciones, tratan de transformarlos en odios.

A cuántos niñitos, á cuántas viudas y á cuántos ancianos se presta á socorrer con poco esfuerzo la caja de ahorros!

Las compras y ventas en común

Después de la *caja rural*, nada llega tan á lo vivo al labrador como la economía en la alimentación.

Su efecto es mucho más fuerte que el de la caja por dos razones, la primera porque muchos pobres labradores rompen con esto la segunda cadena que les esclaviza, después de la del usurero, la del tendero de mala fé, que es otro usurero más encubierto.

La segunda, porque produce beneficio y contento general á todos los socios, y lo que es más, á todas las mujeres de todos los socios que son las que más aprecian las grandes diferencias que hallan con los géneros de la tienda.

Esta sección está bajo la salvaguardia de las mujeres y es la que más movimiento produce en todos los sindicatos.

Y cuánta guerra dan más de cuatro mujeres á sus maridos para que en las juntas digan y propongan tales y cuales cosas.

—«Hay si yo fuera hombre!»

La sección en sí es la menos moralizadora de los sindicatos, es casi exclusivamente económica, pero con el tiempo, cuando los socios van teniendo más práctica en estas cosas y más espíritu de unión y se van cansando de todas las molestias que suelen darles los pesos y repartos de los géneros, sin contar las reclamaciones de sus mujeres que cuando algo no las agrada se desahogan con los maridos, estas compras en común, decimos, suelen irse transformando en cooperativas de consumos, con un encargado ó encargada que se entiende con todas las mujeres, desarrollándose toda la acción moral de las cooperativas.

Veamos cómo el labrador utiliza las *compras y ventas en común*.

Las compras.

El Presidente ha anunciado en una junta, que se van á empezar las compras en común de comestibles, y cada socio, al volver á su casa, se ha entregado con su compañera á los más graves estudios sobre el complicado problema del garbanzo.

Tras más ó menos cavilaciones y desvelos, al siguiente día cada cabeza de familia entrega al Secretario una hoja con su petición de comestibles para un mes.

El Secretario con todas aquellas hojas tiene que prepararse á trabajar por Dios Nuestro Señor, aguzando todo su ingenio para descifrar muchos jeroglíficos, y apurando toda su paciencia para desenredar más de cuatro peticiones.

Al fin logra sumar las arrobas, libras y kilos que en total de cada género se han pedido, y después de escribir á varias casas y dar cuenta á la Junta Directiva de los distintos precios y condiciones, se decide el pedido.

El día que este llega se suele depositar en un local, y si los socios no son muchos, acuden todos y se le distribuyen conforme á lo que cada uno ha pedido.

Si son muchos se hace una primera distribución entre los decuriones, y éstos hacen luego otra nueva distribución á su decuria con el mismo método.

Cuando se trata de sindicatos comarcales el representante de cada pueblo se lleva al mismo la parte correspon-

diente á los socios de su pueblo y allí se lo distribuyen ellos.

En todos los pedidos cuándo se acude á recoger lo que ha llegado, se trae el importe del pedido anterior y la hoja de petición para el mes siguiente.

Como se ve, todo esto resulta muy fácil, aunque se molestan algo los socios.

—Esto no cuela—dice un día el Secretario á un obrero que le presenta una petición para unos días,—tienes que pedir más cantidad, siquiera para un mes.

—Si no tengo más que la semana que me pagan todos los domingos.

—Acude á la *caja rural* que te dé el importe de lo que comes en un mes, como haces grande economía en los precios esa operación entra en sus fines.

El obrero lo hace y aprovecha así las grandes ventajas de las compras en común.

—¡Qué listo ha sido el que inventó esas cosas, señor Secretario! (1)

(1) Tanto interesa á los pobres campesinos esta mejora de su vida, que citaremos el caso de la provincia de Palencia, donde empezadas estas compras en común con alguna timidez en el mes de Octubre de 1912, en el de Noviembre, casi todos los sindicatos de la montaña, traían más de un vagón de comestibles y vino cada uno, y en los meses consecutivos ya son varios vagones los que traen cada uno, ingeniándose de tan admirable manera para buscar las buenas clases y los buenos precios en los puntos de origen de cada cosa, que reciben géneros hasta de las regiones más apartadas de España, y aun muchos han empezado á establecer el intercambio.

En la parte llana de la provincia en que la apatía y el individualismo domina, se mueven con mucha más entidad, pero también van aumentando sus compras en común.

Y no sólo comestibles, sinó artículos de casa, vestidos y calzado van siendo adquiridos en común por todos los sindicatos.

—Y diga V., señor Presidente, pregunta con guasa un labrador. ¿Podría yo encargarme el ajuar de mi hija que se va á casar, por medio del sindicato?

—Y la cama de matrimonio si quieres; mañana hay junta y lo propongo á ver si hay quien te acompañe

—Es que no diga V. que yo.....

—No haber tratado de burlarte.

Y dicho y hecho, al día siguiente el Presidente manifiesta que hay un socio que desea adquirir ciertos objetos para su casa por medio del sindicato y que se van á pedir catálogos y precios por si algún socio más quiere acompañarle.

Nueva revolución en las casas que llega á su periodo álgido cuando se distribuye una copiosa remesa de catálogos y durante una semana que se da de tiempo, cae sobre el pobre Secretario una monumental lluvia de papeletas de petición de los objetos más heterogéneos.

Zapatos, alpargatas, blusas, telas, gorras, ropa blanca, hilo, lampistería, muebles, camas, de todo se ha pedido en alguna cantidad á las fábricas productoras que se han apresurado á afinar los precios y escoger las clases.

El viejo labrador ya no se guasea, sus hijos han preparado un flamante nido traído en todas sus partes por medio del sindicato y en la boda no falta al frente

toda la Junta Directiva invitada en agradecimiento.

—Nos hemos economizado un buen puñado de duros! Decididamente el sindicato sirve para todo!

Los abonos minerales también se compran en común por los sindicatos, y para más economías las federaciones suelen hacer concursos.

También se adquieren aperos de labranza, animales de trabajo ó recría y reproductores para mejorar las razas del país.

En este caso se consulta antes con personas peritas, para traer una buena raza y bien apropiada.

El reproductor se suele pagar ó de los fondos del sindicato, si tiene bastantes, ó á escote entre los socios.

De la alimentación se suele encargar una persona, mediante un tanto convenido previamente.

La utilización se suele hacer mediante un tanto por servicio del animal, que suele ser más bajo para los socios que para los extraños.

Así se han traído algunos reproductores extranjeros en Galicia y las provincias vascongadas, que están mejorando rápidamente aquellas razas.

Por último, también se compra maquinaria, unas veces para los socios que pueden pagarla sea al contado, sea á plazos, otras para el sindicato para que todos la utilicen.

En este caso, para evitar abusos y disgustos y amortizar el importe, se señala una cantidad á pagar por cada día que se utilice el arado ó máquina del sindicato, á más de cinco céntimos para la persona encargada de la custodia, entrega, recepción y limpieza de la misma. Los gastos ocasionados por roturas ó malos tratos son de cuenta de los que los ocasionaren, los procedentes del uso natural de cuenta del sindicato. Para su utilización se guarda turno de pedido, no pudiendo el socio usar la máquina más de un corto número de días determinado cuando hay otros que esperan.

Cuando se trata de maquinarias grandes como segadoras, trilladoras, trituradoras, desfondadoras, etc., se suelen hacer funcionar directamente por el sindicato con sus obreros, cobrando á los socios un tanto por hectárea de terreno trabajado ó de grano limpio, triturado ó molido.

Se ve, pues, que esta sección de los sindicatos se presta á las mayores combinaciones y economías.

Las ventas.

Otro aspecto diferente de esta sección que se presta también á grandísimas economías para los agricultores.

Sin embargo, en la práctica no se suele utilizar tanto, pues hacen falta para ella varios requisitos más difíciles de llenar.

Por una parte la excitación de las mujeres que no se interesan tanto en ellas para despertar la iniciativa de los socios.

Por otra el individualismo feroz que domina más ó menos, según las comarcas.

Por otra la apatía, la ignorancia, la desconfianza de todo lo nuevo, el egoísmo, mil cosas, en fin, que irán desapareciendo poco á poco, pero que hoy existen y ahogan nuestra raza.

—Parece que estamos en la antigua Roma—gritaba un día un consiliario á un grupo de labradores—pareceis un rebaño de esclavos! No sabéis más que quejaros y aguantar. «Que no nos compran el trigo! ¡Que abusan de nosotros!» Todavía no sabéis ni quién sois, ni en qué siglo vivís! ¿Todavía no se os ha ocurrido que con el sindicato podéis vender el trigo y hacer que no abusen de vosotros? No me extraña que vivais tantos años con cerebros tan vírgenes! ¿Cuánto trigo quieres vender tú?

—Yo cuarenta fanegas.

—Y tú?

—Yo setenta y cinco.

—Y tú? Y tú? Y tú?

El señor Cura tomó nota de todo y se la dió al Secretario para que mandara muestras y pidiera precios á fábricas de confianza.

Algún tiempo después salían varios vagones de trigo de los socios, para una fábrica de Barcelona, con dos reales más de precio en fanega de lo que pagaban los compradores de la comarca.

En la provincia de Palencia ha sido maravilloso como se han ingeniado los sindicatos de la montaña para dar salida directamente á la abundante cosecha de patatas que tenían este año pasado.

Han mandado patatas á Bilbao, á Barcelona, á Valencia, á Málaga, á Madrid, á Valladolid, á todas las regiones de España han llegado las hermosas patatas palentinas enviadas por campesinos que pocos meses antes ni siquiera habían oído los más de ellos la palabra sindicato.

Y es que muchos cerebros juntos, por poco instruídos que estén, discurrendo con interés sobre una cosa, hallan más recursos que el mayor sabio solo

Los montañeses palentinos, los antiguos y valientes cántabros, que ante los romanos se revelaron heróicos guerreros, en sus nuevos sindicatos, se revelan consumados comerciantes modernos que no sólo han sabido abrirse rápidamente mercados, sinó que han perfeccionado su comercio con el intercambio.

Han llegado á cambiar con otros sindicatos y particulares sus patatas por vino, por aceite, por bacalao, por arroz, hasta por naranjas!

—Mire V.—nos decía un socio—ya para todo ofrecemos patatas, hasta al médico y al boticario les vamos á pagar en patatas!

Poderosa fuerza de la unión y el mútuo amor!

En las ventas en común suele haber un peligro en las regiones en que el individualismo egoista domina más, y es que algunos de los labradores que en el sindicato sólo esperan *beneficiarse á costa de los demás*, suelen meter entre los productos de los demás los peores suyos, á veces averiados, perjudicando así no sólo á sus compañeros sinó á sí mismo, pues si los compradores son engañados dejarán de comprar y se perjudicarán todos.

Conviene que todos vigilen, especialmente las Juntas Directivas, y se expulse con mano dura al que así abuse.

El seguro del ganado

— Señor Cura, señor Cura, qué desgracia más grande me pasa!

— Qué ¿se halla en peligro de muerte alguna persona de su familia?

— No tanto, pero es muy grande; se nos ha muerto el macho nuevo! El macho que compramos hace poco en cuatro mil reales!

— Y qué quieres que haga un señor cura en la muerte de un macho?

— Pues mire V..... es que..... quisiéramos que mi marido entre en el sindicato.

— Ola, ola, no érais vosotras las que decíais que para qué era el Sindicato, que cada uno se las compusiera como pudiera?

— Sí, señor, sí, señor, pero..... pero. ... es que la muerte del macho nos ha hundido, y sin el sindicato no podemos salir!

— Ya lo veo, si hubiérais oído mis consejos, en vez de pedir dinero para completar el importe del macho al usurero, quien por dos mil reales os hizo firmar cuatro mil, se lo hubiérais pedido al sindicato, e! cual, además de no llevaros casi interés, os hubiera asegurado el macho y ahora os tenía que dar tres mil reales por su muerte, con lo cual no hubiérais

perdido más que dos mil reales que no os echaban de casa, en cambio ¿cómo estáis ahora?

—Pues ya ve, debiendo cuatro mil reales al usurero y sin macho, ¿cómo pagamos y compramos otro?

Y á aquellos desgraciados egoistas les hace pensar el consiliario por primera vez en su vida que si hubieran sido menos individualistas y más caritativos no se verían arruinados.

Sin embargo, cristianamente se interesó por ellos y consiguió que la Junta Directiva estudiara el caso, y para salvar á aquel desgraciado arrepentido acordara la combinación siguiente, que es una de tantas combinaciones como suelen hacerse por el amor de Dios y del prójimo en las *cajas rurales* de los sindicatos católicos.

Darle lo necesario para comprar otra caballería, pagándola en varios plazos con comodidad, y asegurándola por si volvía á ocurrir otra desgracia, y aconsejarle que pagara cuanto antes al usurero vendiendo tales y tales tierras que á él no podían producirle por sus condiciones, á varios obreros que deseaban adquirir tierras de esa naturaleza para transformarlas, con ayuda de la *caja rural*, en buenos viñedos.

Y así salvó el sindicato de un desastre á una familia que hasta entonces opinaba que cada uno debe componérselas como pueda.

Labradores, aunque de momento creais

que el sindicato no os hace falta, entrad en él por caridad, por los demás que le necesitan. ¡Quién sabe si algún día una desgracia que ahora os parece imposible no os pone en el caso de necesitarle más que nadie!

Los casos de ruina ó de apuros del labrador, por muerte de alguno ó algunos animales son muy frecuentes, el labrador previsor lo primero que debe hacer es asegurar sus animales, con lo que suele cobrar, si se le desgracian, un 75 por 100 de su valor; sin embargo, muchos por desidia y apatía no lo hacen á pesar de ser la cuota del 1 á 2 por 100 al año del valor del animal. ¿Qué decir á esto?

—Pero, hombre, ¿por qué no aseguras esos animales?

—Es mucho gasto, un poco de aquí, otro poco de allí, otro poco de acullá, hacen al fin y al cabo un montoncito.

Unos días después se le muere un animal.

Cataplún! El montoncito que no se quería hacer se ha transformado en una montaña.

El labrador coge el cielo con las manos.

¡Vaya un apuro! ¡Quién lo dijera!

—¿Y nosotros? dice un obrero ¿podré yo comprar un burro, una cabra y un cerdo, por medio del sindicato?

—Pon la solicitud y asegúralos.

El obrero compró el burro para él, la cabra para ayudar á criar á su niño, y el cerdo para hacer *hucha* para el *arreglo* del invierno.

¡Todos se arreglan con el sindicato!

Los socorros mútuos

Esta sección es la favorita de los obreros del campo.

Dos grandes problemas de subsistencia tiene éste que resolver, el uno, el de cualquiera enfermedad que le imposibilite de trabajar, el otro, el de la falta de trabajo, que suele ocurrirle en el invierno.

El primero le resuelve con la asociación de socorros mútuos, y por cierto que lo suele resolver bastante bien, las asociaciones de socorros mútuos suelen marchar prósperamente.

—Señor Cura, ¿nos quiere V. arreglar un reglamento de socorros mútuos? Dicen que eso es una cosa muy buena para nosotros.

—Con mucho gusto.

Y en pocos días están los obreros reunidos, y empieza á funcionar la asociación.

Esto es lo más corriente, pero es mejor que dependan directamente de un sindicato como las demás instituciones.

Muy de ordinario suelen entrar propietarios como socios protectores, otras veces van unidos á los obreros pequeños labradores como socios activos.

En todo caso las juntas que las manejan suelen ser compuestas por socios activos, algunas veces son mixtas (y es lo más conveniente) para evitar que estas asociaciones se perviertan, tomando los socios protectores algunos cargos, especialmente el de tesorero.

De ordinario los socios al ingreso son varones mayores de 12 ó 14 años, y menores de 40 ó 45, pero hay una forma más perfecta en que pueden socorrerse á las mujeres é hijos de ambos sexos, bastante extendido en el extranjero es el *socorro mútuo familiar*; también se suele añadir á estos socorros los de maternidad

El eje de estos socorros mútuos es el médico; la blandura ó falta de conciencia de un médico, puede perjudicar mucho á la asociación, así como la excesiva dureza á los socios que caen enfermos.

Después hace falta una gran vigilancia por parte de todos, especialmente de los que les toca de mes ó de semana.

Una buena vigilancia atenúa en gran parte estos defectos del médico si les tuviera.

—Señor Presidente, al enfermo Fulano le he visto yo trabajar en su corral en cosa incompatible con la enfermedad que dicen que tiene.

Aviso al de semana que se entere bien, y al médico.

Ese aviso en una junta pone en cuidado á todos los socios, y desde aquel día el médico y el enfermo se cuidan bien de lo que hacen; además el vigilante de semana aguza el ingenio y se entera bien de las vecinas.

Señor Presidente, al enfermo Mengano, á quien el médico ha mandado dar unos paseitos por las tardes para adelantar la convalecencia, le he visto podando una viña al extremo del término municipal.

—Y yo le he visto ir.

—Y yo volver.

Al abusador se le imponen las sanciones correspondientes.

—Señor Presidente,— dice un visitador,— el enfermo Perengano de mi cargo, me parece que está ya bien curado, y ni él, ni el médico dan el alta.

El Presidente toma las medidas ne-

cesarias para comprobar el aviso, y si es cierto se obra en consecuencia.

Con esta vigilancia funcionan bien las asociaciones de socorros mútuos.

Las cooperativas de trabajo

Estas cooperativas suelen resolver el problema de la subsistencia del obrero, durante los inviernos.

En un folletito titulado *El obrero regenerado*, hace ver el autor de este trabajo, cómo el obrero pervertido por el hambre y las malas doctrinas, puede regenerarse moral y materialmente con ayuda de estas cooperativas.

Posteriormente hemos confeccionado unas bases especiales para cooperativas obreras de replantación de viñedo, que se han puesto en práctica en algunos pueblos, y de las que esperamos los mayores resultados para los obreros y propietarios de la parte central de Castilla, y de otras regiones en que la filoxera destruyó el viñedo.

Veamos cómo pueden llevarse á la práctica.

En el *Boletín de Acción social católico-agraria*, de la federación de Palencia, correspondiente al mes de Octubre de 1912, se abrió una información sobre la condición de los obreros del campo en los inviernos, y se rogó á todos los labradores y obreros de la provincia, que contestaran á estas dos preguntas:

¿Quedan muchos obreros sin trabajo en ese pueblo?

¿Qué podría hacerse por ellos?

Contestaron pocos propietarios y bastantes obreros; algunos optaban porque se organizaran cooperativas para pequeñas industrias, como las recomendadas por el folletito de *El obrero regenerado*. Los más que esa forma se aplicase á la replantación del viñedo, esto me sugirió el pensar unas bases apropiadas á este país y á este objeto.

— No tenemos trabajo, ni tenemos dinero, ni quien nos lo preste.

Para los pobres obreros la situación no podía ser más oscura, ni encontraban más solución que la ya practicada por algunos, la subida á las minas ó la emigración.

Había que remediar ambas cosas.

Los hechos nos indican que se van remediando.

Veamos como.

Las formas de funcionamiento son:

1.º Que los obreros unidos, pudieran tomar por contrata plantaciones de viñedo á propietarios que no podían pagarles hasta después de la recolección ó en varias veces.

2.º Que donde no ocurrieran estas circunstancias, los obreros pudieran comprar un terreno, plantarle de viñedo y venderle luego ó quedarse con él pagándole á plazos.

Las dos formas gustaron á los obreros, pero la gran cuestión quedaba en pie: el capital.

Se resolvió de la siguiente manera.

Para la primera forma bastaba la garantía de las firmas solidarias de los obreros con lo poco que poseían, y la del propietario para quien hacían la plantación, con esa garantía las *cajas rurales* de los sindicatos les adelantan poco á poco lo que van necesitando para alimentarse, mientras hacen la plantación á razón de un tanto convenido por obrero y día de trabajo.

La otra forma era un poco más delicada, sin embargo, se resuelve en esta forma.

Los obreros garantizan solidaria y mancomunadamente á las *cajas rurales*, los fondos que reciben, y además responde de ellos la finca adquirida, y el trabajo hecho, admitiéndose además de los propietarios caritativos capital en acciones reembolsables con interés.

En esta forma han venido á unirse de original manera la caridad de los ricos y la honradez de los pobres, bajo el manto augusto del sindicato católico.

La mayoría de los obreros esperan quedarse en propiedad, si las *cajas rurales* pueden darles desahogo para los

pagos con el viñedo plantado, realizando así los deseos de León XIII, «que haya muchos pequeños propietarios».

—¿Y qué combinación has hecho tú, para poder pagar la viña que quieres conservar?

—Aunque soy pobre, no crea que soy lerdo, señor Presidente, si me dan ustedes tiempo pagaré mi viña y la tendré pagada antes de que me dé uvas.

—¿.....!!

—Pues verá V., como las plantas ahora son pequeñitas, no necesitan para vivir mucho terreno; con el arado del sindicato, con mi borrica y la de mi vecino, voy á tirar unos cuantos surcos entre cada hilera de cepas, y con mi mujer y mis chicos les voy á plantar bien plantados de titos.....

—Sigue.....

—Al final del verano mi mujer y mis chicos han arrancado y arreglado mi cosechica de titos, y con su valor y mi ajuste de segador, doy un gran picotazo á mi débito de la caja rural, ¿no he de poder quitar más de la mitad? Vaya que sí, al año siguiente quito el resto, y al tercer año ya son más las uvas.

—Eres un hombre, Dios te ayude.

Quando la *caja rural* no puede dar tiempo á los obreros á pagar sus viñas, se recurre á la venta de la plantación hecha para pagarla.

Pudiera objetarse que en ese caso la caja rural podía hallar comprometido parte de su capital, si la finca valiera menos que los fondos adelantados, pero esto no puede ocurrir porque la finca aumenta de valor al pasar de tierra á viña, y en segundo lugar porque como la junta estudia antes con detenimiento lo que la tierra vale, el trabajo que necesita y lo que puede valer después, se va sobre seguro.

También pueden adoptarse otras formas de cooperación.

—Di, chico ¿quieres que hablemos á la Junta y tomemos todos juntos el suministro de la piedra de la carretera este invierno?

—Recontra, luego es tarde.

Reuniones, cálculos, consultas, confección de un reglamento, compromisos de cumplirle, luego solicitud á la junta, más tarde, proposición á Obras Públicas, todos ponen la mejor voluntad, y todo se arregla.

¡Concedido por fin el suministro! ¡Viva la Pepa!

Y aquí empiezan nuevos apuros para los pobres obreros. ¡En cuántas cosas no habían pensado!

—¿Cómo llevaremos la piedra?

—Con carros, hay que alquilarlos!

—Con nuestros burros, es más barato

—Había que poner unos cestos de los que llaman *pereros*, y hay que comprarlos!

—No, *yo* y *ese* somos algo cesteros, les haremos entre todos, nosotros os enseñaremos y quien hace un cesto....

—Hace falta mimbre, hay que encargarlo!

—No—dice el cestero—basta con cho-
po, aunque sólo duren este invierno, pe-
diremos que nos dejen limpiar alguna
chopera.

—Oye, tú, ¿sabes cómo se mide un me-
tro cúbico?

—Voy á preguntárselo al señor Cura,
espera.

Y todos aguzan el ingenio, y aunán
todas sus dotes y salen de su compro-
miso.

Otras veces es la limpieza de un cáu-
ce, la construcción de un canal pequeño,
una excavación, etc., etc.

A veces pueden llegar hasta la rotura-
ción y saneamiento de terrenos.

Las pequeñas cooperativas industria-
les entran con más dificultad, la novedad,
la falta de preparación y la dificultad de
colocar los géneros, suelen ser los prin-
cipales inconvenientes, sin embargo, tam

bién reurren á ellas, especialmente cuando falta otra cosa.

—Mal invierno vamos á pasar este año.

—¿Quieres que escribamos á D. Antonio á ver si nos organiza esas cooperativas que dice en su libro?

Y escriben y poco á poco se van organizando algunas pequeñas industrias temporales de fabricaciones sencillas, de cajas de cartón, alpargatas, bieldos, rastillos, fundas de botella, cestitas de mimbre, etc., etc.

Para estas industrias hay que buscar en una ciudad un obrero entendido, que durante unos días enseñe á los del pueblo, luego este obrero al volverse, queda encargado de ir enviando al pueblo las primeras materias, y mediante una comisión ir colocando la mercancía fabricada.

También entre las mujeres é hijas de los socios, pueden organizarse algunas cooperativas como de puntillas, de medias y objetos de punto, blondas, costura, cepillos de dientes, etc., etc., y con las cuales algunas obreras pueden llegar á sacarse con su habilidad bonitos jornales.

Todo esto es ya muy frecuente en el extranjero, y en España irá adelantando poco á poco gracias á la propaganda y el ejemplo.

En algunas de las cooperativas de trabajo que funcionan, los obreros han

tenido una idea que las completa y perfecciona, y ha sido la de hacerse los pagos en comestibles, con lo que consiguen dobles ventajas.

De la *caja rural* sacan el importe de lo que han de invertir en sus adelantos de trabajo en un mes, y lo emplean en comprar géneros al por mayor que depositan en un local, y en el que hacen las distribuciones correspondientes los sábados por la noche, ó los domingos antes de misa.

¡A cuántas combinaciones se prestan las modernas instituciones sociales, y qué grandes provechos pueden sacarse sabiendo servirse de ellas!

El círculo de estudios

Al terminar aquí la exposición de lo que creemos que por ahora sólo puede recomendarse como máximun á nuestra clase agrícola, y aún eso á pasos contados y despacito, empuzando por la *caja rural* y las *compras en común*, recomendamos con todo interés que en cada sindicato se establezca lo antes posible un *Círculo de estudios*, ó sea un local en que los socios puedan reunirse por lo menos todos los domingos y fiestas para tratarse

é intimar unos con otros, estudiar los asuntos que les interesen, instruirse, enseñarse unos á otros lo que saben, alentarse, ayudarse en sus iniciativas, y en todo aquello que pueda contribuir á su mejoramiento moral y material.

Las federaciones suelen publicar un boletín mensual que debe de leerse y comentarse en esos círculos, además debe de contribuirse en ellos á su sostenimiento, tanto enviando suscripciones, como mandando noticias y estudios, además sería conveniente que cada sindicato adquiriera para el *Círculo de estudios* un velóscopo, que no cuesta más que unas cuantas pesetas, y en él se tirarán algunas hojas de propaganda, memorias, estudios, etc., etc., para enseñanza de todos y para poderse conservar; el socio que quisiera hacerlo puede pagar el papel, que cuesta bien poco, y si se trata de iniciativa del sindicato puede pagarlo éste.

Resumen

El sindicato agrícola bien comprendido y utilizado puede procurar la prosperidad de todos

El labrador desahogado en el sindicato

Ejemplo y ayuda con provecho

En los sindicatos agrícolas católicos no entran ni deben de ser admitidas las personas de malos sentimientos y conducta.

A los de posición desahogada y buenos sentimientos que entren á honrar el sindicato por espíritu de caridad, les recomendamos que aprendan bien de memoria estas palabras del Papa León XIII, que cristalizan la doctrina de la Iglesia.

«Quien quiera que haya recibido de la munificencia de Dios mayor copia de bienes, ya exteriores ó corporales, ya espirituales, les ha recibido para aplicarles al perfeccionamiento propio y al

mismo tiempo, como ministro de la divina Providencia, al beneficio ajeno.» (*Rerum novarum.*)

Veamos como el sindicato les facilita amplio campo para practicar esas obligaciones, y abrirse la para ellos pesada puerta del cielo.

En la *caja rural*, en la que ya hemos visto que nada expone, su presencia aumenta el crédito de los desgraciados.

En la *caja de ahorros* puede poner algunas cantidades que den ejemplo y estimulen, tomando alguna cartilla, sea á su nombre, sea á nombre de sus hijos.

En las *compras en común*, puede unir sus pedidos á los de los demás, aunque no lo necesite.

Lo mismo puede hacer en las *ventas*.

En el *seguro del ganado*, sus animales deben de ser los primeros asegurados.

En los *socorros mútuos*, puede ser un socio protector, y en las *cooperativas de trabajo*, puede ayudar y facilitar iniciativas

Sus señoras y sus hijas pueden encargarse, como hacen en muchas partes, de organizar y ayudar á las mujeres de los obreros.

Pueden también los que sean más generosos, organizar premios á la virtud, al trabajo, al ahorro, y mil otras cosas que pueden ocurrirse dando ejemplo por todas partes de buenos cristianos, con lo cual, aparte de los pequeños provechos materiales que pueden obtener en las compras y ventas en común, cajas de

ahorros y seguros del ganado, tendrán el provecho social de la consideración y respeto de sus semejantes, y el enorme provecho moral de vivir con la conciencia tranquila y el espíritu satisfecho de trabajar cristianamente por Dios, por su patria, y por sus semejantes.

El labrador agobiado en el sindicato

Lo que puede hacer en cinco años

La hacienda de estos labradores se compone como la de todos, de fincas buenas, medianas y malas, y los complementos necesarios.

Esta hacienda se halla en el estado siguiente:

Por una parte, disminuido ó comprometido su valor real por un débito casi siempre usurario.

Por otro, falta de la debida producción por escasez de los medios necesarios.

Veamos cómo con ayuda del sindicato puede salirse de este atolladero.

Lo primero que aconseja la Junta Directiva de la *caja rural* al estudiar la situación, es que se regularice.

Si puede cargarse de todo el débito

y de proporcionar lo necesario para hacer aumentar la producción, lo hace.

Si es mucho, el consejo que suele dar es de que se vendan algunas fincas de las peores para disminuir el débito, pagando al usurero si le hay, y concentrar el esfuerzo sobre las restantes.

Todo se hace como se ha estudiado, y el agricultor recibe cuanto puede darle la *caja rural* para ponerle en condiciones de rehacerse con libertad.

El agricultor honrado no tiene ya más que utilizar con toda conciencia y fidelidad todos los resortes del sindicato, primero para pagar su débito y después para aumentar su capital para sus hijos.

Con la utilización de la buena maquinaria del sindicato y los abonos minerales asegurará y aumentará sus cosechas, una buena parte de las cuales irá á amortizar el débito de la caja rural.

Con las *compras en común* de comestibles conseguirá también grandes economías que servirán para el mismo objeto.

Lo mismo que las ventajas de precios que obtenga en las *ventas en común*.

Asegurará sus ganados en el *seguro del ganado*, para prevenir un imprevisto, é ingresará en la sección de *socorros mútuos*, para estar al abrigo de las contingencias de una enfermedad, aunque el día que esté desahogado pase á ser socio protector.

Raro será que por mucho que sea su débito á la *caja rural*, no pueda amor-

tizarle en dos ó tres años, y á los cuatro ó cinco no se halla ya con fondos en la caja de ahorros y aumentando su capital. (1)

El obrero agrícola en el sindicato

Matemáticas: De 0 á 1, y de 1 á 10

El «Papa de los obreros» dice así en la encíclica *Rerum novarum*.

«Si el obrero recibe un jornal suficiente para sustentarse á sí, á su mujer y á sus hijos será fácil, si tiene juicio, que

(1) En relación con lo expuesto, y en homenaje á mi inolvidable maestro el Padre Vicent, voy á consignar un hecho que me ha sido referido por el actual Presidente del sindicato agrícola de Baltanás, D. Hilario González Cano.

En el pasado año de 1912, un día que fué á Palencia, se halló en la casa de huéspedes donde suele parar, á la hora de comer solo á la mesa con una familia valenciana que había venido á comprar ciruelas buenas para enviarlas al extranjero.

Como no había más que él, se permitió decirle el padre:

—Molestaría á usted que rezáramos alto una oración que rezamos todos los días al empezar á comer por nuestros difuntos?

—De ninguna manera, y acompañaré á ustedes.

Terminada aquella oración, el padre continuó:

—Un padre nuestro por el alma del P. Vicent, á quien debemos nuestro bienestar.

Y aquella familia agradecida elevó una plegaria por el alma del gran apóstol!

Su historia era una historia parecida á tantas otras en que las instituciones sociales católicas intervienen.

procure ahorrar y hacer como la misma naturaleza parece que aconseja, que después de gastar lo necesario, sobre algo, con que pueda irse formando un pequeño capital.»

Lo primero que debe de hacer un obrero al ingresar en el sindicato, es sacar una cartilla de la *caja de ahorros*, si el obrero no sabe ó no aprende á ahorrar, nunca podrá salir de 0, es decir, de uno de tantos.

El día que en la cartilla pone los primeros *cinco* céntimos, ya es *uno*, ya sale del montón anónimo, porque aquel día es el primero que por propia voluntad se privó de una cosa, aquel día realizó el primer acto de buen padre, buen esposo y buen cristiano, el primer acto de verdadero hombre, aquel día con aquellos cinco céntimos pasó de la categoría de 0, á la categoría de 1.

Aunque esto parece muy poco, es mucho, muchísimo, es el primer paso en un buen camino que con la ayuda del sindicato puede llevar muy lejos.

Veamos cómo:

El obrero que quiere elevarse, á lo primera que tiene que tender sus brazos es á la *caja rural*, es el áncora de salvación para todos, casi puede decirse que nadie puede dar un paso sin su ayuda.

Si no tiene jornal constante todo el año, unido á otros compañeros puede formar una *cooperativa de trabajo*, de cualquiera de las diversas formas que hemos

visto; en la *caja rural* encontrarán todo el auxilio necesario.

Si tiene ocupación todo el año, y su salario es algo justo como suele ocurrir, puede acudir á la *caja rural*, aisladamente, como hemos visto al ocuparnos de los préstamos, y con su ayuda adquirir una cabrilla, unos conejos, unas gallinas, un cerdo, ó cualquiera otra cosa que le ayude á aumentar sus ingresos, á la vez puede sacar fondos para poder participar en las *compras en común*, especialmente de comestibles.

Los productos les va metiendo en la *caja de ahorros*, y de la cartilla les va sacando para ir pagando á la *caja rural*, y raro será que un obrero económico no pueda con el aumento de ingresos de un lado y las economías del otro, cubrir en menos de dos ó tres años el adelanto que la *caja rural* le ha hecho para esas necesidades más precisas y estar en condiciones de ir pensando en adquirir ó plantar alguna finca que consolide sus sudores.

El obrero va ascendiendo, el día que con su ingenio y su juicio se llega á ver dueño de un pequeño capital, del que ya saca para vivir libre é independiente, ha pasado de 1 á 10.

Altos han sido los escalones, rudo el trabajo, muchas veces la tentación ó el desaliento han puesto la duda en el corazón, pero los ojos han mirado al cielo y ¡se ha subido!

El hogar de aquel obrero, está calien-

te, le calienta la comodidad de la independencia, el amor de la familia, la satisfacción del esfuerzo hecho, el reposo de la conciencia cristiana.

Si mira á su alrededor, una familia sana de cuerpo y alma, regala sus ojos, y si vuelve la vista á atrás la satisfacción de un pasado bien empleado anima sus alientos, si la dirige adelante, la esperanza del porvenir le sonríe, y si la levanta al cielo el raudal puro de la fé que santifica y salva, refresca su espíritu.

¡Bendito sea el sindicato católico!



ÍNDICE

Páginas

Estado de la clase agrícola.	9
Necesidad del sindicato.	15
Qué es el sindicato.	17
Necesidad de que el sindicato sea cató- lico.	18
Utilización de las distintas secciones.	19
La caja rural de ahorros y préstamos.	20
<i>Los préstamos.</i>	20
<i>Los ahorros.</i>	29
Las compras y ventas en común.	36
<i>Las compras.</i>	38
<i>Las ventas.</i>	43
El seguro del ganado.	46
Los socorros mútuos.	49
Las cooperativas de trabajo.	52
El círculo de estudios.	59
Resumen.	61
El labrador desahogado en el sindicato.	61
El labrador agobiado en el sindicato.	63
El obrero agrícola en el sindicato.	65



15 e.



OBRAS DEL AUTOR

La independencia de Castilla. Drama histórico (agotada).

Vulgarización de la ciencia agrícola moderna.

- I. Los estiércoles. 0'50 ptas
- II. Las labores. 0'50 »
- III. Los abonos químicos. 0'50 »
- IV. Una porción de conocimientos esenciales al agricultor. 0'50 »

Las razas de carne. 0'50 »

El agricultor regenerado (4.^a edición).. 0'05 »

El obrero regenerado. 0'05 »

Orientación é indicaciones para la fundación de sindicatos agrícolas. 0'25 ptas

El agricultor y el obrero en el sindicato agrícola.

Algunas instrucciones para utilizar sus ventajas. 0'25 ptas

THE UNIVERSITY OF CHICAGO LIBRARY